

EL REPUBLICANISMO: UNA VÍA ALTERNATIVA DE NACIONALIZACIÓN A LA PROTAGONIZADA POR EL ESTADO DURANTE LA RESTAURACIÓN

Óscar ALDUNATE LEÓN | Universidad de Zaragoza

Cuarenta años de dictadura fascista han supuesto el olvido de un republicanismo decimonónico que, además de poseer un discurso nacional propio heredero de décadas de liberalismo, construirá una cultura nacional, a través de la cual se difundirán y se extenderán esos discursos entre las clases trabajadoras, paralelamente y en competencia respecto a la establecida por el Estado canovista. La difusión de la cultura nacional republicana entre las clases populares será una de las causas por la que se complemente y se solape el sentimiento de pertenecer a una comunidad nacional y a una clase social, como, asimismo, esa cultura republicana se convertirá en el legado de aquellas primeras fantasías históricas del liberalismo español, en las que la lucha del pueblo español por la Soberanía Nacional contra los reyes despóticos, se trasladaba hasta los orígenes medievales del Estado, configurándose una idea de España de carácter atemporal y esencialista. La reivindicación para el futuro de aquel paraíso perdido irá estrechamente unida a un sentimiento regionalista que afirma y refuerza la conciencia de pertenecer a la patria común española, utilizando para dicho fin canales comunicativos con los que poder llegar a las clases populares como los ateneos, los casinos o la prensa, y desde donde poder dar eco a todos sus mensajes nacionalizadores y críticos contra el Estado restauracionista impuesto por los conservadores y las oligarquías. Asimismo, daremos una breve pincelada a cómo las clases populares son también parte activa en el proceso de conformación de una conciencia nacional, en tanto que esos mensajes nacionales, lanzados por las élites burguesas intelectuales que

1. Una breve caracterización de lo que supuso el nacional catolicismo español, durante los primeros años del Régimen franquista, se encuentra en el libro de J. CASANOVA, «La Iglesia de Franco», Ed. Temas de Hoy, 2001, pp. 282-293. Si bien es cierto que el nacional catolicismo sirvió como soflama movilizador durante la Guerra Civil, y como un mecanismo de encuadramiento de la sociedad franquista, la génesis de la reconciliación entre el concepto patria y el de religión hay que situarla en las últimas dos décadas del siglo XIX bajo la égida del menéndez-pelayismo, y los primeros años del siglo XX, momentos en que, sirva a modo de ejemplo, el fervor nacional católico promoverá la erección del monumento escultórico zaragozano de Querol «Los Mártires de la Religión y de la Patria», en la actual plaza de España durante el verano de 1904. Asimismo, durante el primer año que se publica el diario católico *El Noticiero*, aparecerá, en el día de la festividad de la Virgen del Pilar, un dibujo a color de Escobar, en el que se nos muestra a la patrona de Zaragoza y de la Hispanidad velada en sus pies por una joven que sostiene una bandera de España con la grafía latina *Signum Victoriae*. Debo agradecer esta última reseña y noticia a Luis Serrano Pardo, siempre me acordaré del momento en que subió las escaleras del Archivo municipal para enseñarme el dibujo que estaba fotografiando.

2. Para una visión global de ese primer nacionalismo liberal ciudadano véase de José ÁLVAREZ JUNCO, *Mater Dolorosa*. La idea de España en el siglo XIX, Ed. Taurus, 2001, el capítulo «La "Guerra de la Independencia" un prometedo comienzo», pp. 119-144. En el capítulo se alude además, a cómo es una élite intelectual burguesa, durante los años veinte del siglo XIX, la que crea y se inventa la categoría historiográfica de guerra de la Independencia para convertirla en un mito dispuesto a emocionar y hacer surgir un

acaudillan el republicanismo, son reelaborados y redifundidos a través del acto subversivo de la lectura, de la tertulia o de la discusión.

«La Historia, con mayúsculas, la escriben los vencedores; mientras que las historias, con minúsculas, las escriben los vencidos», nos repetía Julián Casanova en su curso de doctorado, dedicado al recuerdo de la Guerra Civil y de la represión ejercida por el fascismo, durante los cuarenta años que azotó a aquellos que pergeñaban el sueño futuro de una sociedad más igualitaria, más justa y democrática; es por eso que hoy, viviendo nuestro presente, echar una mácula de olvido en nuestra conciencia, delante de los que soportaron la represión fascista en su propio cuerpo, forme parte, quizá, del talante cobarde e hipócrita de esas políticas del olvido que parecen planear en el ámbito, tanto público como político, de nuestra sociedad presente. Tarea y labor de los historiadores es rescatar de esas políticas del olvido las sombras y tenebrosidades, por desconocidas, de un pasado y una historia que probablemente viva tan sólo en el presente de los ojos y en las falanges de los dedos, de quien destapa, descubre, y da la vuelta a páginas y páginas de documentación en los archivos, como si del mismísimo Orfeo se tratase en la búsqueda desesperada de su soñada y amada Eurídice.

El recuerdo, presencia misma de la ausencia, es lo que el historiador intenta evocar desde su misma soledad, pero ya no tan sólo como historiador profesional, sino también como un miembro más de esa sociedad y de esa ciudadanía que lo cobija, por lo que su recuerdo ya no es tan sólo una evocación estrictamente individual, sino también un ejercicio colectivo de revisión del pasado producto de un determinado presente social, económico y cultural, que retiene esa ausencia fantasmal pasada en la conciencia pública colectiva contemporánea, proyectando sobre ella un sesgo determinado. No nos debemos de olvidar que fue primeramente el Régimen franquista el que promovió una cultura del recuerdo de la Guerra Civil, sesgando a los vencidos como criminales y a la República como un contubernio de masones antipatriotas y antiespañoles. El Régimen franquista se adueñará de la bandera de España, ensuciándola con la sangre y el sufrimiento de muchos que también murieron amán-dola como republicana, amor republicano hacia España, presente en el exilio, pero desterrado años más tarde por una sociedad que, por un lado, había sido víctima de la propaganda del Régimen que tachaba a los republicanos de antiespañoles, y por el otro, a aquellos que, en su odio legítimo hacia un Régimen franquista que fusiló, torturó y encarceló a miles de inocentes, acabaron identificando el nombre de España con el mismo Régimen.

El nacional catolicismo español,¹ constituido durante los cuarenta años de dictadura fascista, supuso, a la vez que un odio hacia

la misma idea de España por parte de los que habían sido asesinados en su nombre, el olvido de que el nacionalismo español decimonónico tuvo en sus orígenes una raíz de corte liberal, laica, modernizadora, reivindicada por una élite intelectual burguesa que aspiraba a cimentar una sociedad civil sobre las ruinas del Antiguo Régimen borbónico, y de la sacrosanta tradición católica. Una cultura del recuerdo de la Guerra Civil significó el fascismo español, pero también una cultura del olvido de las raíces de ese primer nacionalismo español,² cimentado en torno a las revoluciones burguesas que, en su empeño de crear un Estado-Nación, transformará a los súbditos del monarca en ciudadanos libres gobernados por el principio legal que establecía que el sujeto de la soberanía no era el Rey, sino la Nación, polémica y enfrentamiento entre el Rey y la Nación trasladada imaginariamente hasta los orígenes medievales del Estado.

Y cuando se habla del franquismo como el verdadero culpable de que se depositara encima del liberalismo y del republicanismo el olvido de toda una tradición y cultura de nacionalismo español inherentes a él, no son solamente palabras huera desprovistas de significado, y más cuando tenemos la oportunidad de leer, en el enjundioso trabajo de José Manuel Villanueva Herrero, como el «Monumento a los Héroes de la Libertad caídos en la defensa de Teruel en 3 de julio y 4 de agosto de 1874» fue demolido por las tropas carlistas durante la guerra civil de 1936.³

Por este ominoso olvido de la cultura republicana fue por el que el nombre de España entre los sectores más progresistas y de izquierdas de la sociedad protagonista de la Transición a la Democracia causará cierta repugnancia, no en tanto que en sí misma la idea y el concepto de nación, fuera vasca, española, catalana o francesa, fuera en su sentido cultural o político, se considerase un timo ontológico, asunto del cual, en su sentido filosófico, yo soy el primero en considerarlo así uniéndome, entre otros, a la voz de un Fernando Pessoa que en «El banquero anarquista» calificaba a las patrias, a las naciones y a las religiones de «ficciones sociales»,⁴ sino en tanto que dicho nombre se asociaba de manera inmediata a los cuarenta años de dictadura fascista, olvidándose que la palabra España estuvo siempre en la boca hasta de los republicanos más federales de fines del siglo XIX.⁵

Por todo lo dicho es por lo que resulta cada vez más necesario rescatar del olvido ese discurso nacional republicano decimonónico. El republicanismo, durante «la larga noche de la

pathos nacional en la sociedad. Asimismo, sería conveniente recordar que esas élites intelectuales ciudadanas, que vivieron el reinado de Fernando VII, lejos de adoptar los extranjerizantes e invasores principios legales ilustrados en los que se sustentó la Revolución Francesa, recurrirán a la ensoñación de la vieja Historia Medieval como instrumento de legitimación del nuevo Estado burgués que se intentaba construir. Carlos FORCADELL nos dirá en el «Simposio de estudios sobre el Justicia de Aragón», Zaragoza, 2000, p. 215, que, «frente a la libertad filosófica y revolucionaria, pero con el muy liberal propósito de acomodarla a la sociedad española, se levanta el viejo estandarte del pactismo medieval, y desde las primeras décadas del siglo XIX, junto a los nuevos héroes surgidos de la guerra de la Independencia, son cada vez más frecuentes los relatos e invenciones sobre la España antigua, medieval y primitiva». Como consecuencia de esto último, la Nación perdía su contingente y su contemporáneo origen histórico limitado a las revoluciones burguesas, para entenderla como un Espíritu eterno que permanece inalterable al devenir del tiempo, lo que supondrá a la vez el germen de ese esencialismo historicista que caracterizará la posterior idea de España hasta en la misma cultura republicana finisecular.

3. José Ramón VILLANUEVA HERRERO, *El republicanismo turolense durante el siglo XIX. 1840-1898*, Ed. Mira, 1993, p. 245.

4. Fernando PESSOA, *El banquero anarquista*, Ed. Pre-textos, 2001, p. 47.

5. En el Manifiesto republicano federal del 28 de mayo de 1869, escrito días después a la Proclamación del Pacto de Tortosa por parte de las bases del federalismo republicano, podemos leer: «Armonicemos estos dos principios (unidad y variedad) y resultará la federación, base indestructible de la libertad. Uno de los mayores servicios que el manifiesto de

Tortosa ha prestado a la revolución es demostrar que en este movimiento federal no hay peligro alguno para la unidad de la patria, para la unidad de esta nuestra España, que todos amamos con igual entusiasmo, y por cuya integridad todos hemos vertido nuestra sangre». Recogido por Rosa MONLLEÓ PERIS, en «Republicanos contra monárquicos. Del enfrentamiento electoral y parlamentario a la insurrección federal de 1869», *Ayer*, 44, 2001, p. 71. Asimismo, en relación con el nacionalismo español que profesó el republicanismo federal a finales del siglo XIX, véase de Andrés DE BLAS GUERRERO *Tradición republicana y nacionalismo español*, Ed. Tecnos, 1991, pp. 38-44, y de J. M.^a JOVER ZAMORA, «Federalismo en España: cara y cruz de una experiencia histórica», las páginas 115-122, del libro coordinado por G. CORTÁZAR, *Nación y Estado en la España liberal*, Ed. Noesis, 1994.

6. «La larga noche de la Restauración 1875-1900», pp. 113-135, de Carlos DARDÉ, en el libro coordinado por Nigel TOWNSON *El republicanismo en España (1830-1977)*, Ed. Alianza, 1994.

7. El concepto de «fuerza cultural» es definido por Pamela Radcliff «cómo la capacidad de determinar e influir en el sistema de valores, tradiciones y prácticas simbólicas, es decir, su impacto en las «estructuras de significado a través de las cuales los hombres dan forma a su experiencia»», en «Política y cultura republicana en el Gijón de fin de siglo», p. 375, de la obra ya citada de Nigel TOWNSON. Como la misma autora cita y subraya, el concepto es recogido de la obra de Clifford GEERTZ, *The Interpretation of Cultures*, Nueva York, 1973, p. 312.

8. Para leer un interesante artículo sobre cómo se articuló, y a través de qué medios y canales discurrió, la llamada «fuerza cultural» republicana, durante el período que precedió a la Restauración, véase «Sociabilidad política, propaganda y cultura tras la revolución de 1868. Los clubes republicanos en el Sexenio democrático» de Rosana GUTIÉRREZ LLORET, pp. 151-172. *Revista Ayer*, 44⁺, 2001.

Restauración»,⁶ no sólo mantuvo un discurso nacional heredero de décadas de liberalismo, sino que, a pesar de encontrarse reprimido políticamente, conservó intacta una fuerza cultural⁷ que arraigó con inusitada fuerza entre las clases populares y obreras. Ese discurso nacional, inherente a la fuerza cultural republicana, se colará a través de la letra impresa de los periódicos, de los clubes⁸ y de las conferencias en pedagógicos ateneos republicanos, constituyendo por sí mismo un medio y un canal de nacionalización alternativo al ejercido por el mismo Estado canovista.

La importancia que supone la presencia del discurso nacional en la cultura republicana será fundamental a la hora de explicarnos el porqué, en los primeros albores del movimiento obrero, fueran de la misma mano tanto la formación de la conciencia de clase como la de la conciencia nacional. Es curioso cómo será el propio Karl Marx quien constate el peligro que supone la presencia de los sentimientos nacionales en el movimiento obrero, pero siempre como una afirmación a posteriori de la misma experiencia histórica, como la anomalía que él mismo pudo ver presente en el obrerismo consecuencia de una muy antigua e inseparable tradición jacobina republicana radical, y que le impulsará a escribir la frase en el Manifiesto, a modo de advertencia y consejo, de que los obreros no tienen patria. El propio E. P. Thompson, en el post scriptum de «La formación de la clase obrera en Inglaterra», fechado en 1968, recogía la sugerencia que le hacía a su libro un tal Geoffrey Best, y escribe: «Otro, con igual justicia, me critica por dedicar escasa atención al lado patriótico, xenófobo y diferente hacia los pares, del espíritu plebeyo».⁹ De esta forma, podríamos concluir que, a pesar de que podamos estar de acuerdo en el ámbito más estrictamente ontológico y marxista en referencia a cómo las identidades nacionales y las de clase se oponen y se repelen, en la experiencia histórica, y en la propia dimensión temporal en donde se forma la conciencia de esas identidades, la chispa que enciende a ambas corresponde al discurso republicano, discurso, que sin entrar de momento en las particularidades y bifurcaciones que presenta dependiendo de si su filiación es posibilista, federal o demócrata progresista, hará perfectamente compatible el derecho de ser partícipe de una Nación y el de pertenecer al mismo tiempo a una clase social.

Lo mismo que hemos dicho respecto a cómo la conciencia de participar en una comunidad nacional se comparte con el sentimiento de formar parte de una clase social, en la dimensión exclusiva de la experiencia histórica previa a la difusión cultural del marxismo —pues volvamos a aclarar para evitar ningún malentendido que en ningún caso será el lenguaje de la doble identidad algo que se pueda

asociar con el marxismo, el cual se encargará precisamente de establecer las diferencias y contradicciones que albergan entre sí las dos identidades—, podemos decir de la coexistencia y de la subordinación de unos regionalismos que nutren y refuerzan las fantasías del nacionalismo español. Es en este punto donde nos encontramos con los dos conceptos teóricos, reproducidos por Ferrán Archilés, de P. Duara, en los que podemos leer, por un lado, que «la identificación nacional nunca es completamente subsumida y es por esto que lo mejor es que se considere en sus complejas relaciones respecto a otras identidades históricas»,¹⁰ y por el otro, que «el nacionalismo raramente es el nacionalismo de la nación, más bien representa el lugar donde diferentes visiones de la nación disputan y negocian con cada otra».¹¹

Asimismo, conviene decir además que, aunque canales estatales de nacionalización como la escuela, la política de conmemoración de fiestas recordando sucesos gloriosos, o la construcción de monumentos públicos, cumplan un indudable y decisivo papel a la hora de fabricar ciudadanos, no se puede afirmar que ha habido una débil nacionalización, agarrándose a la idea de los problemas que ha tenido el Estado por nacionalizar a la sociedad, despreciando otros canales no estatales establecidos por una burguesía urbana y local que bien pudieran haber resultado exitosos.

Si bien el tema de este trabajo no es el de convenir o caracterizar la labor nacionalizadora del Estado burgués en la sociedad, conviene decir que la tarea nacionalizadora del Estado canovista tampoco es que fuese nada desdeñable, aunque fueran curiosamente los mismos republicanos los primeros en lamentarse y en quejarse de la débil labor ejercida en ese aspecto por el Estado. Ya hace mucho tiempo, Ignacio Peiró nos advertía que el sistema escolar estaba directamente controlado por el poder político a través de las Academias, «encargadas de determinar sobre la selección de los textos escolares y de enjuiciar los libros de profesores de Instituto y Universidad».¹² Discursos en la Academia, tan regionalistas y puestos al servicio de una identidad española atemporal y esencialista, como los de Romero Ortiz y Víctor Balaguer relativos al Justiciazgo, que en una cantidad de 200 ejemplares fueron inmediatamente adquiridos por el municipio de Zaragoza en 1881 con el fin de ser distribuidos entre las escuelas municipales, y posteriormente ser entregados a los escolares en concepto de premio,¹³ hacen suponer, al menos en Zaragoza, que la nacionalización ejercida por el Estado en plena Restauración no era tan débil como se nos quiere hacer pensar.

9. E. P. THOMPSON, La formación de la clase obrera en Inglaterra, vol. 2.º, Ed. Crítica, 1989, p. 454. El subrayado es la cita que hace Thompson a la crítica de Geoffrey BEST, en «The making of the English Working class», *Historical Journal*, VIII, 1905, p. 278.

10. Ferrán ARCHILÉS, «¿Quién necesita la nación débil? La débil nacionalización española y los historiadores», en *Usos públicos de la Historia*, vol. 1.º, AHC, 2002, coords. Carlos FORCADELL, Carmen FRÍAS, Ignacio PEIRÓ y Pedro RÚJULA, p. 307.

11. Ferrán ARCHILÉS, *ibidem*.

12. Ignacio PEIRÓ, *Los guardianes de la historia*, IFC, 1995, p. 66.

13. Véase en el Archivo Histórico Municipal de Zaragoza el año 1881. Sección de Gobernación, armario 52, sección 1.ª, legajo n.º 5, Instrucción pública, caja 1036, expediente 402.

Alternativamente a los vehículos estatales por donde transitaban los resortes de nacionalización, existía una cultura republicana fuertemente arraigada en las clases populares, que utilizaba canales propios a través de los cuales hacían llegar sus mensajes patrióticos y nacionales, canales que a su vez fueron utilizados ya anteriormente durante el reinado isabelino por el primer nacionalismo español liberal, puesto que como nos dice Carlos Forcadell, «es menester subrayar que era a través del teatro, del verso, de la novela, del periódico, como se difundían y socializaban las invenciones simbólicas, pues los historiadores, académicos o no, sólo alcanzaban a un público lector muy reducido».¹⁴ En consecuencia, nos encontramos ante cultura republicana de la Restauración, en Aragón al menos, que heredaba las antiguas nostalgias y los antiguos discursos de libertad encontrados en las dos generaciones de liberalismo que la precedían, amantes del sueño dorado de una Edad Media, tiempo en el cual reinaba la concordia, la libertad y el equilibrio de poderes existente entre el Rey y las Cortes, al que le sucederá el cercenamiento de las libertades por parte de los despotismos absolutos cometidos por la dinastía de los Austrias.. Libertades aragonesas perdidas en el recuerdo imaginado de un presente en el que los gobernadores civiles de Cánovas perseguían periódicos, reprimían manifestaciones reivindicativas locales o manipulaban elecciones; servía, a la vez que de argumento de azote político a la coyuntura histórica vivida en aquellos tiempos, de modelo y paradigma en torno al cual debiera verse reflejado el mismo Estado español. Es por este recurso a la historia, inherente a la cultura republicana durante la Restauración y herencia de décadas de liberalismo español, por el que las palabras que nos dedica Florencia Peyrou,¹⁵ en referencia a la forma en que algunos republicanos federales hacen una consideración del llamado pueblo español de carácter étnico y racista, pudiéndolo vislumbrar hasta en los tiempos más remotos de la historia, cuando la Democracia y la República eran la esencia y el fundamento mismo de ese pueblo, cobran especial relevancia: «de esta mezcla de pueblos (iberos, celtas, celtíberos, fenicios, griegos, etc.) salió una gente potente y vigorosa [...]. De tan diversos elementos, y con tan importantes cualidades, puede formarse la potente raza que atravesó el difícil tránsito del mundo antiguo al nuevo. [...]. Estos pueblos [...] nos dejaron tales gérmenes de independencia, de grandeza, de libertades, que las ideas democráticas quedaron en nuestra España como una semilla oculta».¹⁶ Hasta aquí, palabras de un republicano federal..., continuidad de los discursos ya elaborados por esa primera generación de intelectuales liberales del XIX, que crea e inventa los mitos de las medievales y antiguas libertades perdidas, por culpa de reyes extranjeros que no amaban y respetaban al verdadero pueblo español, y que van a ser

14. Carlos FORCADELL, «Los historiadores aragoneses del siglo XIX: las otras anticipaciones de Braulio Foz», en *Entre dos siglos: literatura y aragonesismo*, José-Carlos MAINER y José María ENGUITA (Eds.), IFC, 2002, p. 64.

15. Florencia PEYROU, «La Historia al servicio de la libertad, "La Historia del Partido Republicano español" de Enrique Rodríguez Solís», pp. 519-533, en *Usos Públicos de la Historia*, vol. 1.º, coords. Carlos FORCADELL et alii, 2002.

16. Florencia PEYROU, op. cit., p. 529.

la norma por la que transite el discurso nacionalista liberal decimonónico. Ante ese pasado arcádico y feliz, imaginado e inventado, fuente de inspiración y de felicidad, el republicanismo confiará en la esperanza de un fin y una meta venturosa, tiempo en el que esas libertades finalmente vuelvan a ser recobradas, como el justo derecho expropiado por la injusticia de los siglos; mientras tanto, persecuciones, exilios, sentencias de muerte, represión, un Estado que se desmorona y se desgaja, oligárquico, y unas clases populares que comienzan a ser pervertidas con demoníacas e inmorales ideologías de signo anarquista y socialista.

A pesar del agobiante y del frustrante período de la Restauración para el republicanismo, la confianza en que la meta final llegará, y en que el paraíso futuro, espejo reflectante de aquel tiempo feliz perdido, será algo irremediable como consecuencia de tanto sufrimiento, permanecerá firmemente sólida en todo el ideario republicano, ya fuese posibilista, federal, o demócrata-progresista. Y es precisamente en este discurso de carácter redentorista¹⁷ en el que cabe situar la crítica que hacen los republicanos a su presente político, acusando al estado canovista de su ineficacia nacionalizadora, cuya visión lineal del tiempo, tan hegeliana y tan cristiana, en la que se establece de manera rigurosa un alfa y un omega, un principio y un fin, les obliga a establecer una pauta única por donde deba transitar la llamada modernización de la sociedad,¹⁸ y en donde todo lo que signifique la palabra fracaso, supone la alteración y la modificación de la meta y el objetivo que se desea y se pretende. A los republicanos decimonónicos les preocupará el presente en la medida en que pueda alterar la propia evolución natural prefijada ya de antemano por un pasado, que sirve de modelo al futuro, y dicte como debe de ser. La idea, hoy tan novedosa, de que la existencia de los nacionalismos vasco y catalán, se deba a la impotencia e ineficacia del Estado decimonónico en su tarea de fabricar ciudadanos españoles, y que uno de sus principales problemas era el de una Iglesia que impedía la transición plena hacia la modernidad y la sociedad civil, nos la encontramos ya en el mismísimo Castelar que, en plan profeta babilónico, espeta en las Cortes de 1876 a Cánovas del Castillo:

No tratemos de proscribir, como se ha dicho, a todo el clero de las Provincias Vascongadas y Navarra; eso es insensato, eso no se puede hacer, eso no se debe hacer. Mas poner frente a ese clero, frente a esa Iglesia, contra ese estado mental, muchos maestros, muchísimos pagados por el presupuesto nacional, que enseñen las nociones indispensables a una doble educación nacional y racional, eso es urgente. Si no lo hacéis, caerá sobre vosotros la maldición de Dios unida a la maldición de la historia.¹⁹

17. Véanse Demetrio CASTRO AFÍN, «Jacobinos y populistas. El republicanismo español a mediados del siglo XIX», pp. 181-216, y José ÁLVAREZ JUNCO, «Magia y ética en la retórica política», pp. 219-270, en *Populismo, caudillaje y discurso demagógico*, Ed. Siglo XXI, 1987.

18. Una interesante crítica a la llamada «modernización» es la hecha por Antonio ROBLES EGEA, en «Modernización y revolución: socialistas y republicanos en la España de entresiglos», pp. 129-157, en *Populismo, caudillaje y discurso demagógico*, coord. José ÁLVAREZ JUNCO, Ed. Siglo XXI, 1987.

19. Emilio CASTELAR, Discursos pronunciados en el Congreso de los diputados durante los períodos legislativos de 1876 y primero de 1877, p. 128. Me gustaría destacar el increíble valor de la fuente, porque las palabras que reflejo en la página no acabaron perdiéndose en las Actas de los Discursos conservados en el Congreso de los Diputados, y que, perdónenme los historiadores políticos tradicionales, carecen de cualquier tipo de interés, por la causa de que si no eran reproducidas en prensa tenían una nula influencia en la sociedad; en cambio, fueron reproducidas en una edición impresa de 1877, en Barcelona, a cargo de la editorial Librería española. Este libro que tuve en mis manos durante las tardes otoñales en la Biblioteca de Aragón, llegó a la biblioteca pública de Zaragoza en 1900, probablemente fruto de una donación particular, si nos atenemos al indicio de que en la primera página del libro aparece una firma a lápiz con los apellidos y nombre del que fuera su propietario.

Esta idea que trasmite Castelar estará presente de manera intacta en gran parte de la historiografía de los nacionalismos españoles más reciente, y lo que no puede entenderse es que, habiendo pasado más de cien años, el discurso permanezca todavía inalterado, y lo que es peor, inalterable.

Los republicanos serán precisamente los primeros en intentar corregir lo que para ellos era el nefasto rumbo por el que se encaminaba el Estado, estableciendo ellos mismos medios alternativos con los que poder extender sus ideas, sus palabras, su moral, su espíritu redentorista, y su visión de la historia, con sus mitos e invenciones, a unas clases populares que, por los primeros años de la Restauración, les veían con simpatía a la espera de poder construir una cultura obrera específica, la cual, entrado ya el siglo XX, tanto deberá al republicanismo, en tanto que la regeneración moral, el fomento de la lectura, de la educación y de la formación intelectual de las clases trabajadoras, fueron inculcadas por el mismo a través de una corriente cultural contagiada por el espíritu krausista, y que terminará cristalizando en la Institución Libre de Enseñanza, en la proliferación de Ateneos populares, o predisponiendo la misma docencia universitaria al servicio de la sociedad y de la educación de las clases más menesterosas.²⁰ Esos medios con los que poder llegar a las clases populares, establecidos por la cultura republicana, serán a su vez excelentes vías por las que se inculque el amor a una patria y a un pueblo español castigado durante toda su historia por reyes déspotas y extranjeros, que cercenaban autonomías municipales medievales consustanciales al mismo ser de España, sepultaban fueros, y cortaban cabezas de justicias.

Entre esos canales de comunicación utilizados por el discurso nacional republicano para llegar a las clases populares, ocupó un lugar principal y destacado la prensa, eco por el que las palabras vertidas y espetadas a Cánovas en el Parlamento se inflamaban, se multiplicaban, se amplificaban, y se extendían a todos los lectores de periódicos de filiación republicana, y, en consecuencia, a una sociedad plagada de tertulias, de cafés, de casinos, de mercados donde poder chismorrear las noticias y alabar las excelencias oratorias parlamentarias. Hasta el primer gobierno de Sagasta en 1881, el Régimen canovista, consciente, durante los primeros años de la Restauración, de la notable influencia que tenían los periódicos en la sociedad, implantará una obscena represión de los periódicos republicanos aplicando el instrumento de la censura, cuando no utilizando prácticas más sutiles como las de impedir el funcionamiento correcto del servicio de correos, enviando inspectores fiscales a los propietarios de los periódicos, o imponiendo impuestos sobre el papel desmesuradamente altos. A pesar de todo, la prensa

20. Véase el artículo ya citado de Pamela RADDCLIFF en el libro coordinado por Nigel TOWNSON, *op. cit.*, p. 388, en la que comenta cómo la Universidad de Oviedo y la de Zaragoza, a fines del siglo XIX, promoverán Cursos de Extensión Universitaria, siendo el primer sistema de educación gratuita para adultos que se desarrolló financiado por los propios fundadores.

republicana consiguió seguir publicando sus periódicos de carácter local contagiados por un mismo espíritu editorial, consecuencia a su vez de una ósmosis cultural extendida por todos los rincones del Estado. Las diferencias existentes entre los editoriales de los periódicos publicados en la capital y los que se distribuían a lo largo de todas las provincias, eran mínimas. Muchas veces coincidía la publicación de los mismos discursos en diferentes periódicos el mismo día que salían a la venta, explicándose esta coincidencia, quizá, gracias a la existencia de una misma cultura, un mismo espíritu y unas ideas comunes, compartidas por todos los periódicos republicanos. Un destacado dirigente del Partido posibilista de Castelar, Juan Albarado, comentará que los periódicos que defienden la política de Castelar son tantos que apenas puede la memoria retener sus nombres:

no sólo en Madrid El Globo; tenemos en Granada La Tribuna; en Ávila, La Democracia; en Huesca, El Diario; en Santander, La Montaña; en Gerona, El Demócrata; en Bilbao, El Porvenir Vascongado; en Vitoria, El Nuevo Anunciador; en Barcelona, La Publicidad y La Gaceta; en Galicia, La Campana; en Reus, Las Circunstancias; en Valencia, El Mensajero; en Alicante, El Graduador; en Jaén, La Solución; en Córdoba, La Libertad; en Sevilla, El Posibilista; en Jerez, La Crónica; en Palma, La Opinión; en Huelva, La Democracia; no contando muchos otros que sin ser órganos declarados de nuestro partido, defienden la política del posibilismo. Y ¡cosa notable! Esos periódicos parecen en su parte política redactados por una sola mano, ecos de una sola palabra, manifestaciones de un solo pensamiento.²¹

Si hasta ahora nos hemos limitado a realizar una breve caracterización del discurso nacional republicano, obviando las diferencias que existían entre posibilistas, federales, y demócrata progresistas, y hemos comentado cómo ese discurso atravesaba una serie de canales comunicativos establecidos por la cultura republicana, nos faltaría realizar una semblanza del lector, de aquel que recibe, transforma y altera, a través de la acción subversiva de leer, los discursos que le son impuestos por la letra impresa, y por esa burguesía regional, constructora de la cultura nacional republicana. Difícilmente nos podemos imaginar a un lector que no altere y transforme el significado de un artículo, de un poema, de un discurso impreso en una hoja de periódico, creando un abismo interpretativo entre el que escribe el discurso y el que lo lee. El lector se constituirá en conciencia diferenciada respecto de lo que lee, por eso que no hay que considerarlo como un personaje histórico pasivo, sino como un activo elemento que cambiará y modificará el discurso que se le pretende imponer. Ignorar la importancia de la lectura sería caer nuevamente en los viejos e historicistas presupuestos historiográficos tradicionales, los cuales consideraban a las masas

21. «La Derecha», 21 de noviembre de 1881. Editorial redactado por Juan Albarado.

analfabetas, ignorantes, e incapaces de poseer ninguna cultura propia, desposeyéndolas de cualquier relevancia como actores en la Historia. Muy al contrario, merecerá la pena subrayar que no sólo será la burguesía intelectual la que genere las invenciones simbólicas en torno a las cuales girará la imagería del nacionalismo español, sino que las clases populares, a través de la lectura o de la tertulia, harán surgir nuevos modos de entenderlas, colaborando estrechamente también en su difusión y generalización. El ejercicio de la lectura se convierte en el factor por el que los discursos nacionales se alteran y se transforman nada más llegar a la realidad visual del lector, que los interpreta de una manera de la que probablemente el escritor y el autor de los mismos se lamentaría, compartiendo la opinión de aquella enferma de Pierre Janet que no quería leer porque, señalaba, «si un libro se lee, se ensucia».²²

22. Maurice BLANCHOT, *El espacio literario*, Ed. Paidós, 1992, p. 179.